

Antonio de Murcia Conesa. Sobre *Presencias irReales. Simulacros, espectros y construcción de realidades*, de Ana Carrasco Conde, Madrid, Plaza y Valdés, 2017.

La obra de Ana Carrasco Conde es tan heterogénea en sus referencias como coherente en sus objetivos, método y estilo. Además de sus numerosos escritos aparecidos en coediciones y revistas, sus monografías replantean de raíz cuestiones decisivas de la filosofía contemporánea, poniendo del revés a su Sujeto fundacional cuyos fondos y trasfondos disecciona con escalpelo y pluma bien afilados. Tras sus ensayos sobre Schelling (*La limpidez del mal*) y sobre el ensimismamiento obrado por los desquicies del Yo (*Infierno horizontal*), el último libro, o más bien penúltimo (a la espera de otro inminente sobre la crueldad), *Presencias irReales*, puede leerse como una propuesta de desguace ontológico del mundo contemporáneo desde el remontaje y anclaje filosóficos de sus infinitas imágenes. O habría que decir, más bien, desde el desmontaje de las figuras de la conciencia que observan y proyectan esas imágenes al tiempo que se ven asediadas por ellas.

El título y el subtítulo de la obra no llaman a engaño, sino más bien a una cierta constancia filosófica en un desengaño, cuyos argumentos de resistencia, frente a un mundo hace ya tiempo postmoderno, con mucho de barroco, exigen tanta disposición para la crítica como para el arte de ingenio. Por eso el bisturí de su análisis conceptual y argumentativo se aplica también, con pulso firme, a rasgar y descifrar aquellas imágenes que, inmanentes a la experiencia moderna, se condensan en las incertidumbres del filósofo y los terrores del espectador. Y por eso, como intentaremos mostrar, en este libro las historias de la filosofía se confrontan y ensamblan, tienen que hacerlo, con las historias de fantasmas. Las dos partes del libro, “Espectros” y “Espectralizaciones”, se vertebran en siete capítulos más una “galería de espejos”, a modo de introducción. Cada capítulo se inicia con un título que nos remite a alguna historia ejemplar, aunque nada edificante, de fantasmas y de conciencias asaltadas por ellos, ya se trate del Hotel Overlook de Kubrik-King o la armadura shakespeariana del padre de Hamlet. Todos ellos albergan numerosas ilustraciones, en su mayor parte fotogramas de cine que podríamos llamar fantástico y de terror de los últimos treinta años. El cine, una vez más, y en particular uno que hasta hace no mucho solía quedar en los márgenes de la gran cultura, es un hilo conductor, no el único, de un ensayo filosófico.

Conviene, sin embargo, subrayar de entrada su singularidad en el contexto editorial y académico, sobre todo por lo que concierne a la suerte de su recepción real o posible. Al margen de la densidad filosófica de, por citar unos pocos ejemplos, las ya clásicas monografías de Deleuze, las agudas reflexiones de Rancière, o las zigzagueantes revelaciones de Žižek, las editoriales *apuestan por* el nicho de mercado de una actualidad lectora fascinada por la bajada de la abstrusa filosofía a la tierra acogedora de un cercano y reconocible mundo audiovisual poblado sobre todo de películas, series y videojuegos, que permiten al consumidor elevarse sin demasiado

esfuerzo desde su sala de estar al mundo de las ideas, en gratificantes viajes de ida y vuelta, con la gozosa sensación añadida de estar pensando en lo que hoy hay que pensar. Por eso es posible que libros como el de Ana Carrasco puedan producir fatiga y decepción en aquellos lectores que quisieran desde la primera página ver cumplidas sus expectativas de autorreconocimiento y halagadas sus ocurrencias hermenéuticas en un conglomerado de guiños y referencias, que fingiendo honduras psicológicas, normales o paranormales, satisfagan por igual sus necesidades de entretenimiento y solemnidad cultural.

Ni entretenido ni solemne, este libro alegre y exigente sondea las profundidades del cine, como las de la literatura, en su misma superficie, seccionándola por sus articulaciones naturales, que casi nunca son las más evidentes. En esa exploración se pone en juego las potencias hermenéuticas de la filosofía, que aquí de manera explícita presenta ese sutil estatuto de segundo grado, de conocimiento de conocimientos, que conviene recordarle a quienes se empeñan en degradarla, incluso cultivarla, como un divino saber autorreferencial. La finalidad de este libro no es, ni mucho menos, apologética, aunque su lectura contribuya a entender la utilidad de la filosofía mucho mejor que las edulcoradas profesiones de fe en la disciplina. Su despliegue argumentativo y conceptual explora, cercándolo, el sentido de la reflexión filosófica mediante el que sería su trabajo más excesivo: dar cuenta de lo que el logos no puede dar cuenta, de aquello que, al configurarlo lo desborda; el resto, que excediendo la compostura de los conceptos parece que asoma y sobrepuja por desintegrarla, reocupándola. Ese trabajo liminar, en las costuras de nuestras representaciones, descompone el almacén del sujeto y las imágenes que lo instituyen, mostrando su relación con aquello de no sujeto que lo habita y que asalta los límites de su mismidad. El resto como otro, negatividad inmanente al yo, y como emergencia de lo que no es, de lo informe en la forma, del infundamento (*Ungrund*) en el fundamento (*Grund*), coincide con el objeto de una filosofía que ha situado en esa especie de no lugar de la diferencia sus movimientos de *regressus* y *progressus* desde el que destruir y reconstruir las certidumbres de la modernidad. Una filosofía que fija su mirada en todo lo que sobresalte a ese Sujeto mayúsculo, apuntalado sobre la convicción hegeliana de que a quien mira racionalmente el mundo, el mundo lo mira racionalmente en recíproca determinación.

Ana Carrasco hilvana en su ensayo la historia o más bien las historias de esa filosofía que aspira, casi utópicamente (en la medida en que su objeto se encuentra o desencuentra siempre fuera de lugar) a descubrir una forma de logos que recubra lo que excede al propio logos, a una lógica del discurso que acoja lo que resquebraja el orden del discurso y del mundo, y a una reflexión que ilumine la conciencia del sujeto a fuerza de señalar su opacidad. Fondo, resto, exceso, fragmento... son conceptos que en este libro marcan filosóficamente la diferencia, que es ante todo la del pensamiento consigo mismo. Contra una supuesta filosofía de la identidad, la de la diferencia, hoy acotada académica y editorialmente, pero coherentemente escurridiza a sus tematizaciones, categoriza en pliegues todas las intuiciones del pensamiento moderno que recusan, desde casi su inicio, la identidad ilustrada entre mundo, realidad y sujeto. El objeto de su insistencia discursiva concierne a la insistencia existencial de un fondo y un afuera de la conciencia que, ajenos a ella misma, la hacen posible. Un afuera que Schelling, compañía inseparable de nuestra filósofa, enunció como lo no-ente, cuya inconcebible forma de ser, que es un no-ser, nutre la formación de la subjetividad y sus representaciones desde su paradójica condición de punto ciego

imposible de ser integrado por aquella. La precisión con la que el schellinguiano Deleuze describe la irrupción de ese fondo hacia la superficie del pensamiento es clave en su identificación, aún más explícita en Derrida, del logos filosófico como fantasma: subir a la superficie, hacerse visible, sin dejar de ser fondo, y sin dejar de esforzarse por volver a la profundidad y a la ocultación.

Todas las tesis del libro se comprenden en la convicción de que el trabajo filosófico *con* la diferencia constituye la forma más depurada y precisa del trabajo de la conciencia con el fantasma, y viceversa. No sólo o no tanto se trata de la insistencia de ese resto que excede y de donde procede el pensamiento, sino también, y sobre todo, de la insistencia del propio pensamiento filosófico en tener presente, a mano, aquel exceso, disponible en su necesaria indisponibilidad. Tales insistencias cobrarían todo su sentido al describirse en los términos propios de la irrupción del fantasma sobre la subjetividad y del inmediato terror que ésta le devuelve. El terror es, en este libro, un hecho clave de nuestro tiempo, que es, como Ana Carrasco sostiene, un tiempo de fantasmas; terror como reacción compartida por el filósofo y el espectador ante, respectivamente, un mundo que desborda la representación de los conceptos y unas imágenes que desbordan la autorrepresentación de la mirada. La historia reciente de la filosofía que ha impugnado por un lado la correspondencia entre ontología y razón y por otro el lugar central del sujeto, parece justificar ese terror, pero también otras reacciones que requieren categorías diferentes: la angustia y la expectación. Lacan habría explicado antropológica y psicológicamente la primera con su traumatizante concepción de lo real; Heidegger, bastante antes, sería el modelo de la segunda al celebrar cómo frente a aquello de lo que no podemos sentirnos a salvo, la inquietud de la diferencia, que es también la de la apariencia, se revela en su opacidad como una “irradiación anunciadora”. Pero en ningún caso se pierde de vista el peligro como la sensación más inmediata del *Ungrund* indiferente y la diferencia desbordante. Un peligro multiforme que asedia a la conciencia, y acaso también la mala conciencia de un pensamiento ilustrado que habría cerrado en falso su sistema del mundo convirtiendo a lo que quedaba fuera en una amenaza permanente de disrupción y dislocación. La comparecencia del exceso constitutivo como monstruo (monstruo de la razón, razón del monstruo) es una experiencia genuinamente moderna, que en cierto modo resulta una experiencia culpable: la de una filosofía de la identidad incapaz de afrontar con firmeza la incertidumbre, y de una filosofía del sujeto incapaz de asumir e integrar aquello que efectivamente le constituye. Cabe preguntarse si esa nueva mirada de la que nos habla el libro, fijada como una insondable puesta en abismo por Deleuze y mucho antes por Schelling, ha de ser necesariamente amenazadora. Probablemente sí, si de lo que se trata no es de que el sujeto tenga el valor de relacionarse con lo que lo fragmenta (acaso una torsión antiilustrada del viejo *sapere aude*), sino de que a partir de esos fragmentos se resigne a desaparecer, a entender que en el fondo ni es nada ni tiene por qué ser. En este sentido necesariamente la diferencia, como la fragmentación, da miedo, un miedo de muerte.

La genealogía de la disolución del sujeto que puede advertirse en este libro, en uno de sus niveles de lectura, no tiene aquí un sentido justificatorio ni conclusivo, pues lo que aquí se ensayan, en el fondo, o mejor, desde el fondo, son las posibilidades de su reconstrucción, activando y desactivando todas las conexiones que intermedian en esa destrucción, cuyo síntoma más evidente ha sido y es el ensimismamiento, el encapsulamiento de una conciencia que se repliega en sus propias fisuras cuanto más pretende evitarlas. Si una filosofía del sujeto, capaz de mirar directamente al

rostro de lo extraño que lo constituye, puede y debe adoptar estrategias y objetivos comunes a los de una filosofía de la diferencia, capaz de entender como inmanencia la opacidad que subyace y amenaza al logos, es porque el destino de ambas se juega en su trato con las apariencias. Ana Carrasco analiza con esmero inquisidor las palabras y los conceptos que abonan el campo semántico de éstas, del *phainomenon*, el *phantasma* y el *spectrum*, tanto en sus formulaciones filosóficas como en sus exposiciones literarias. En unas y otras se trata de cómo habérselas con “aquello que no siendo como tal, es o no siendo un ente tiene una entidad”. La dificultad para fijar el estatuto de este modo de (no) ser exige al filósofo, como ya sabía Platón, poner toda la atención no en la diferencia entre las formas y las copias, sino entre los *eikones* y los *phantasmata*, pues lo perturbador ontológicamente hablando es el modo de ser de lo que apareciendo no responde a forma real alguna (aunque, podríamos decir, tenga *Gestalt*), y cuyo aparecer es un parecer que reocupa, usurpa el ser de aquello a lo que se parece. Llevado a su condición más fantasmagórica, luego antropológica, la que ataca más directamente a la mirada del sujeto, lo que aparece y parece, lejos de ser una punzada profunda para el cuestionamiento del orden ontológico como en el *Sofista* (un saber sobre “lo que aparenta parecerse sin parecerse realmente”) se percibe como aparición de “algo otro, radicalmente extraño y amenazante”; y podríamos añadir, insoportable.

La otra distinción filosófica necesaria para entender el estatuto del fantasma, que es el del no ente, es la que concierne a la Realidad como *Realität* y *Wirklichkeit*, de acuerdo con la precisa etimología germana que nos pondría delante la escisión entre realidad como *quidditas*, como esencia, y la realidad como existencia efectual. Esta última es la que define al no-ser, los efectos de realidad que causa, y que, en cuanto que no hay pensamiento ni forma que pueda serle adjudicado, desborda o se escurre al campo categorial que pretende cerrar, totalizar, lógicamente a lo real. Todo el esfuerzo de integración simbólica de esta realidad irreal parece condenado al fracaso, pues, lejos de evitarla, contribuye incesantemente a la generación de fantasmas. Si para Lacan o Žižek el resultado primero de la relación con esta efectualidad irreductible es la angustia, para Ana Carrasco lo decisivo, también para conocer nuestro presente, es su condición terrorífica: la que sobresalta a un sujeto confrontado con lo otro que habita dentro de sí, o, más exactamente, con “ese otro que soy yo” y que resulta que “no soy yo”. El terror, nos dice, no está tanto en el fantasma como en lo ignoto que anuncia; pero en cualquier caso, el terror, como el abismo, está en la superficie. Ese es sin duda el principio epistemológico que explica la fertilidad de este ensayo: explorar la superficie, hacia dentro y hacia fuera, la pantalla, el espejo, el muro de la caverna, como el lugar por excelencia de todas las fisuras ontológicas. No sólo como reflejo o huella: también la superficie y con ella la superficialidad de la realidad efectiva del fantasma es ella misma fondo. El exhaustivo análisis literario, cinematográfico y filosófico del terror ante la imagen del espejo es en este sentido paradigmático, pues es en esa superficie donde mejor funcionan, hacia dentro y hacia fuera, las perturbaciones de la *scopaesthesia*, entendida no ya como ese ver lo que no esperábamos, lo que habita insospechado en nosotros, sino como “ese sentirnos observados por algo o alguien a quien no podemos ver pero cuya presencia percibimos”.

La decisiva función del cine para este análisis resulta entonces evidente (como Derrida sugería, la ciencia de los fantasmas es la suma del cine y el psicoanálisis), sin duda, por haber acogido y seguir acogiendo las historias de fantasmas más mo-

délicas, pero también porque su propia forma de espectáculo es un modo de producción de espectros; el sujeto ante la pantalla es también un sujeto ante sus fantasmas, aunque, añadiríamos, el propio carácter de la representación le mantenga aquí mucho más protegido de la realidad irreal que la inmediatez del espejo. El *spectrum*-simulacro de las imágenes del cine en la pantalla exhibe los espectros reales que despiertan el terror de los personajes. Todas las películas que lee Ana Carrasco, invirtiendo la mirada habitual a los fondos y las figuras de los relatos cinematográficos, presentan estructuras comunes a los procesos de sobresalto, asedio, amenaza y destrucción de la subjetividad encapsulada ante las imágenes que desintegran su autorrepresentación. Y en unos y otros el fantasma comparece como el *revenant*, lo que vuelve pero que nunca se fue del todo y que lo sitúa en el corazón mismo de lo irrepresentable de la memoria, de la muerte, y de las potencias mnémicas del olvido. Es extraordinario cómo la argumentación acerca de las potencias fantasmáticas del cine resulta el mejor argumento para explicar por qué el cine, su espectáculo espectral, se ha convertido en un instrumento imprescindible para entender las posibilidades de un arte moderno o posmoderno de la memoria, que como el clásico, tiene mucho que ver con nuestra percepción y autopercepción en el espacio, aunque ya no para producir topoi reticulares y elocuencia exitosa, sino para mostrar los lugares imprecisos del sujeto y los modos de percibirse o diluirse a través de los relatos. Como en los relatos literarios de fantasmas, desde Plinio a Stephen King, pasando por Shakespeare o Bronte, los del cine nos revelan que la irrupción del fantasma usurpador y destructivo, emerge siempre en una forma narrativa, cuya fábula no basta para contenerlo. Las historias de fantasmas dinamitarían la historia moderna del sujeto. Y la filosofía habría de recomponer o articular ambas, neutralizar sus oposiciones para encontrar el modo en que la subjetividad amenazada, el sujeto desfondado, pueda mirarse a sí misma y al mundo.

Hay una clave política en todo el libro, que concierne a la crítica de una sociedad construida en la ilusión de un mundo de pantallas, no tanto de una transparencia total, como diría Byung Chul-Han como de una nitidez cegadora. Una sociedad constituida por mónadas llenas de ventanas reflectantes que encapsulan al sujeto que se mira sobre sí, cuanto más cree mirar hacia y ser mirado desde fuera. La cuestión del miedo a una alteridad que se sitúe más allá o más acá de esta autoconciencia incapaz de entender que sólo es en su relación con otras conciencias, es también la cuestión del vaciamiento del sujeto. Ana Carrasco lo examina casi descarnadamente a partir de la inversión ontológica que ha supuesto la suplantación de lo cualitativo por lo cuantitativo, y la opacidad insuperable que ha producido la nitidez que todo lo indiferencia. “El alma es el espejo de la imagen y no al revés” es una frase que podría condensar buena parte de las conclusiones y argumentos de este libro. Quizás podría sonarnos a una larga mirada crítica desde Marcuse, al menos, y Guy Debord hasta Sloterdijk. Pero creo que en ninguno de estos casos el análisis de la suplantación de lo real por los signos, de la exterioridad sin interioridad, de la exclusión de la alteridad a partir de la extrañeza del sujeto sobre sí mismo, se ha quedado tan a ras ontológico de los poderes de la pantalla, del espectro electrónico digital, que el cine también ha sabido exhibir como el lugar de la producción de monstruos que devoran al sujeto.

Más allá de cuestiones metodológicas que revelan una singular habilidad para organizar de modo coherente formas hermenéuticas y efrásticas de los textos e imágenes del presente en los límites de una reflexión filosófica que exige la continua consideración histórica de sus conceptos y argumentos, la potencia filosófica de este

ensayo es también la de su escritura. Una escritura que no libra al lector ni por un momento de tener que hacer filosofía para disfrutarla, ni tampoco le ahorra sobresaltos ni alegrías. Al leerla y releerla bien puede evocarse al Deleuze que acompaña muchas páginas de este libro cuando introduciendo una de sus obras más iluminadoras de lo opaco, sostenía: “Un libro de filosofía debe ser, por un lado, una especie muy particular de novela policial, y por otro, una suerte de ciencia ficción... Sus conceptos deben poseer entre sí una coherencia, pero esta coherencia no debe provenir de ellos: deben recibirla desde otra parte”. Los libros de Ana Carrasco siempre terminan por hacer que los leamos, pero que también nos miremos a nosotros mismos, justo desde esa otra parte.

Antonio de Murcia Conesa
antoniodemurciac@gmail.com